

Historia Abierta

NÚM. 43 • OCTUBRE, 2009

EN ESTE NÚMERO

La Europa napoleónica de 1809

Leandro Gómez Centurión

El secuestro de Pío VII: una peligrosa apuesta política de Napoleón Bonaparte

Juan Antonio Ramírez de Arellano

El genio militar de Napoleón: mezcla de instinto y estrategia

Ramón Bermejo Valdecasas

La batalla de Wagram

Rodolfo Villar

Cine

Libros

Ricardo Martín de la Guardia

CONSEJO ASESOR

Luis Suárez Fernández
de la Real Academia de la Historia
Martín Almagro-Gorbea
de la Real Academia de la Historia
Alfonso Bullón de Mendoza
Universidad San Pablo-CEU
Emilio de Diego
Universidad Complutense
José Andrés-Gallego
Consejo Superior
de Investigaciones Científicas

DIRECTOR

Antonio Manuel Moral Roncal

EDITOR

Luis Valiente

CONSEJO DE REDACCIÓN

Alfredo Floristán Imizcoz
Beatriz Campderá Gutiérrez
Ana Rosa Domínguez Santamaría
José Francisco Forniés Casals
José Luis Martínez Sanz
Ricardo Colmenero Martínez

EDITORIAL

LA EUROPA NAPOLEÓNICA EN 1809

Hace 200 años, un proyecto de unidad política planeaba sobre Europa: la creación de un Imperio Francés de gran dimensión territorial alrededor del cual giraran reinos satélites –gobernados por la familia de Napoleón Bonaparte- y algunos Estados teóricamente independientes pero sometidos a las directrices económicas y políticas de París. Los éxitos del César corso en el campo de batalla habían ayudado a su concreción, junto a su obra política en la Francia revolucionaria –calmando los temores de los Gobiernos conservadores europeos al eliminar el peligro jacobino- pero habían desatado nuevos miedos por sus planes imperialistas. Ante la derrota de su Armada en la batalla de Trafalgar ante su gran rival, el Imperio británico, Napoleón intentó crear un Sistema Continental que ahogara el comercio inglés, dinamitando su resistencia ante su liderazgo europeo, presumiendo que la mayor parte de los Gobiernos se plegaría a sus órdenes e ingresaría en tal singular maniobra. En 1808, con la sublevación de España, comenzaba una rebelión de pueblos contra Napoleón, a la que pronto se añadiría Austria y Rusia. Para introducirnos en esa época, Leandro Gómez nos presenta el panorama general europeo en 1809 y los conflictos a los cuales tuvo que enfrentarse el emperador de los franceses, entre ellos un choque con la Santa Sede de imprevisibles resultados con el secuestro del papa Pío VII. Este hecho merece un artículo especial a cargo de Juan Antonio Ramírez, así como la descripción de la batalla de Wagram, el más decisivo hecho militar de ese año en el conflicto austro-francés, sintetizado por Rodolfo Villar.

Napoleón Bonaparte ¿fue realmente un genio militar? ¿Hasta qué punto realizó importantes aportaciones a la estrategia y el arte de la guerra? Para algunos analistas llevó a la práctica, perfeccionándolos, algunos avances de estrategias anteriores del siglo XVIII; para otros, supo conjugar improvisación, instinto y reformas militares ilustradas a lo largo de más de veinte años. Finalmente, sus enemigos –entre ellos el duque de Wellington- aprendió sus técnicas en el campo de batalla y pudo responder adecuadamente a sus maniobras hasta lograr la victoria para los aliados europeos. De ahí la necesidad de acercarnos, en este número, a la capacidad militar de aquel mito de la Francia revolucionaria, por medio del artículo firmado por Ramón Bermejo.

Las tradicionales secciones de Cine e Historia y comentario de libros cierran nuestra revista, en el primer caso también aludiendo a la época napoleónica en el medio cinematográfico. Abel Gance fue un director francés que ayudó a consolidar el mito napoleónico en el siglo XX, rindiéndole una admiración profunda como promotor y constructor, en cierta forma, de la Francia Contemporánea. Diseñó un ambicioso plan de producción de cuatro grandes largometrajes sobre su vida y época pero sólo pudo hacer dos: uno centrado en los años revolucionarios hasta la conquista de Italia y un segundo sobre el ciclo 1802-1805 que finalizaba con la recreación de la batalla de Austerlitz, de la cual, como puede observarse, arrancó el título del film.

LA EUROPA NAPOLEÓNICA DE 1809

por *Leandro Gómez Centurión*
Universidad de Huelva

EL PRECEDENTE: EL ANNUS HORRIBILIS DE 1808

COMO advierten numerosos historiadores del periodo, el famoso Sistema Napoleónico o bloqueo sobre su enemiga Gran Bretaña comenzó a tener grietas en poco tiempo. El reino de Dinamarca, que había querido permanecer unido a la Liga de los Países

Neutrales frente a las ambiciones de Napoleón, abrió sus puertas a los británicos por razones económicas, al igual que Suecia. En Portugal reinaba la dinastía de los Braganza, una familia de la nobleza que había logrado acaudillar un movimiento separación de la Monarquía española en 1640. Desde entonces, la independencia de Portugal había sido salvaguardada por Gran

Bretaña que se convirtió en su potencia tutora. En consecuencia, cuando Portugal se negó a secundar el bloqueo continental ordenado por Francia, Napoleón pensó en someter directamente el reino a sus dictados políticos.

La conquista de Portugal fue planeada con ayuda de España, aliada de Napoleón desde finales del s. XVIII. El rey español era Carlos IV, pero quien tenía realmente el poder era el valido real, Manuel Godoy, el cual, ante las victorias continuas del ejército francés frente a las grandes potencias y el temor a ser tratado como un derrotado, decidió jugar la peligrosa carta diplomática de aliado del emperador. A España ya le había costado cara esa maniobra, con la pérdida de su flota en Trafalgar, pero, ante el temor a ser invadida, firmó el Tratado de Fontainebleau en oc-

tubre de 1807. Según ese pacto, Napoleón se comprometió a repartir Portugal entre Carlos IV, su hija –desposeída de su reino de Etruria– y Manuel Godoy. A cambio, el Gobierno español permitiría la entrada de las tropas francesas en la península. Los soldados napoleónicos atravesaron España y se apoderaron de Portugal. Tras la capitulación de Lisboa y la huida de los Braganza al Brasil, el Emperador decidió la conquista de España.

Aprovechando una crisis dinástica, motivada por la forzada abdicación de Carlos IV por un motín en Aranjuez y la subida al trono de su hijo Fernando VII, Napoleón convocó a todos los reyes a Bayona. Toda la familia real española y el propio Manuel Godoy sabía que su destino político lo decidiría el árbitro de Europa por lo que acudieron a territorio francés, donde Napoleón les hizo prisioneros y les forzó a abdicar la Corona de España e Indias en él mismo, que la cedió a su hermano José.

El emperador creyó que estaba haciendo un favor a los españoles, que se alegrarían del derrocamiento de los Borbones, «de unos frailes lunáticos y de una nobleza codiciosa». Sin embargo, ni el pueblo luso ni el español aceptaron los hechos y se rebelaron contra los invasores, recibiendo el apoyo naval y terrestre de los británicos. El 2 de mayo de 1808, el pueblo de Madrid se alzó contra los franceses, que hicieron una verdadera masacre popular para acabar con la rebelión. Pero su ejemplo fue conocido, a gran velocidad, por las provincias en donde, ante la falta de una autoridad legítima, se formaron Juntas de resistencia. La del Principado de Asturias declaró la guerra a Francia, lo cual fue imitado por el resto.

Los españoles lograron apoderarse de la flota francesa anclada en Cádiz y



El general Bonaparte, vestido con uniforme de Primer Cónsul de la República Francesa.

organizar un ejército de resistencia en Andalucía. Allí, fueron enviadas unas fuerzas militares francesas al mando del general Dupont, que saquearon Córdoba y Jaén, pero sufrieron la más humillante de sus derrotas en la batalla de Bailén, en el mes de julio, ante los españoles. Se lograron 20.000 prisioneros. Al mes siguiente, los británicos y portugueses vencieron a las águilas napoleónicas en Cintra, animando con su ejemplo al resto de pueblos europeos: los franceses podían ser derrotados. La noticia corrió como la pólvora por toda Europa.

Ante la gravedad de los hechos, Napoleón inmediatamente comenzó a organizar un ejército para enfrentarse a sus enemigos en la Península Ibérica, donde habían desembarcado más fuerzas británicas en su apoyo. El rey José había tenido que abandonar precipitadamente la corte de Madrid, concentrando sus ejércitos en el Norte. Los españoles sufrieron una oleada de optimismo que nunca les abandonaría, a pesar de las derrotas siguientes y lo largo de su guerra de Independencia. Para asegurarse unos meses de tranquilidad en Centroeuropa, Napoleón decidió entrevistarse con el zar Alejandro I, antes de dirigirse personalmente a España. Una vez cubierta de esta forma la retaguardia europea, podría conducir a la Grande Armée hasta Madrid y acabar con esos guerrilleros, pues si él está presente, la victoria estaría segura.

Erfurt fue la ciudad elegida para reunirse con Alejandro I y varios príncipes alemanes en el mes de septiembre. El zar temía la guerra, por lo que evitó compromisos concretos, siguiendo los consejos del traidor ministro francés Talleyrand, que se precavía de las desmesuras del emperador y prefirió servirle creándole obstáculos y señalándole límites. Pero ante la sugerencia de Napoleón sobre un posible divorcio y una futura petición de mano de una hermana del Zar, Alejandro se mostró totalmente opuesto a esa posibilidad. Bonaparte, entonces, asumió el papel de víctima y reconoció que apenas había conseguido algo, pero lo cierto es que había vuelto a deslumbrar o a asustar a los dirigentes europeos, que, por el momento, no mostraron deseos de traicionarle.

La Grande Armée –160.000 hombres– cruzó la frontera pirenaica en octubre y se enfrentó a las fuerzas españolas en el paso de Somosierra –defen-

dido por 8.000 españoles–, reconquistando Madrid y Toledo. Napoleón repuso a su hermano en el trono, suprimió la Inquisición, los derechos feudales, cerró numerosos conventos y volvió a pensar que se había ganado a las masas con estas medidas. Una vez más demostró desconocer ese país indomable y la unanimidad exultante de su carácter rebelde. Los españoles alzados proclamaron que su rey legítimo era Fernando VII, negándose a reconocer otra autoridad terrenal. Pronto otros ejércitos franceses se dirigieron a la zona de Galicia y Asturias, mientras la Junta Central española decidía su traslado de Aranjuez a Sevilla y de ahí a Cádiz, donde fue protegida por la flota británica. Napoleón visitó El Escorial y permaneció unos momentos observando el retrato de Felipe II de España. Su mayor disgusto fue la fría e indiferente acogida del pueblo madrileño a su figura y séquito, lo que contrastó con el recibimiento al que estaba acostumbrado en las demás capitales europeas.

LA REBELIÓN AUSTRÍACA DE 1809: DOS IMPERIOS FRENTE A FRENTE

Sin embargo, el César corso no pudo completar la conquista de la Península Ibérica al requerirse su presencia en Centroeuropa: ante el ejemplo español, en enero de 1809, Austria se había rebelado y atacado Baviera, un reino alemán aliado de Francia. Además, aprovechando su ausencia, los ministros Talleyrand y Fouché conspiraron en París contra él. Volvió rápidamente a la capital, reprendió con dureza a los rebeldes, pero no se atrevió a castigarlos: los necesitaba políticamente.

La opinión pública francesa estaba preocupada y Napoleón volvió a prometer que no habría más guerras. Pero la rebelión de los pueblos contra el César no parecía tener límites. En el reino de Prusia, profesores y estudiantes incitaban al país a luchar por la liberación. La emperatriz de Austria bordaba las enseñanzas que sus tropas lucirían en sus batallas contra el Amo de Europa. Inglaterra envió ayuda económica y el zar, secretamente, sus buenos deseos. Para colmo de males, los católicos estaban muy disgustados con el tratamiento que el emperador estaba dando a Pío VII. Los Estados Pontificios habían sido invadidos por



Retrato de Napoleón I, emperador de los franceses, por Gérard.

los ejércitos franceses en enero de 1808, al negarse el Papa a seguir, como un cordero, el bloqueo continental contra Gran Bretaña.

Mientras organizaba sus tropas, con más soldados bisoños y menos veteranos, Napoleón observó como el archiduque Carlos de Habsburgo, al frente de las tropas austriacas, derrotaba a sus aliados alemanes. El momento militar y político era realmente difícil. Los gobernantes europeos se rebelaban contra su autoridad. De nuevo tenía que imponerse, como en anteriores crisis políticas. Por ello, con ayuda de su formidable ejército, derrotó a los austriacos y el 13 de mayo de 1809 entró triunfal, por segunda vez, en Viena. Sin embargo, los austriacos contraatacaron y el ejército francés, al intentar pasar el Danubio, fue contenido en Aspern y Essling.

Entonces, Napoleón tomó personalmente el mando del ejército y planteó batalla en Wagram, del 4 al 7 de julio. 200.000 franceses se impusieron a las tropas del archiduque Carlos, que pelearon duramente. En esos combates, 30.000 franceses y 50.000 austriacos murieron en esos días. Austria terminó solicitando la paz. Por el tratado de Schönbrunn, firmado en el mes de octubre, Francisco II perdió nuevos territorios: Salzburgo –cuna de Motzar– pasó a Baviera; Galitzia polaca al Gran Ducado de Varsovia; Carintia, Carniola y Croacia formaron con Dalmacia las llamadas Provincias Ilíricas, que pasaron a Francia, igual que Trieste y Fiu-

me, con lo que Austria perdió su salida al mar. En esta paz se concertó el matrimonio de Napoleón con María Luisa de Habsburgo a fin de legitimar el trono francés ante las viejas monarquías europeas, robustecer la posición política de Francia en Europa y obtener una sucesión directa que consolidara la dinastía napoleónica. El hijo que había tenido con una amante y el que nacería en mayo de 1810 de María Walewska demostraban que todavía podía soñar con una sucesión directa.

DIVORCIO Y BODA DE ESTADO

En el otoño de 1809, Napoleón se decidió a preparar la anulación oficial de su matrimonio con Josefina. La emperatriz se temió lo peor, pero, en el mes de diciembre, tuvo que claudicar pese a su resistencia y aceptar el divorcio civil. Había sabido aceptar y desarrollar su papel de emperatriz dignamente y su esposo lo sabía. Los franceses estaban satisfechos de la consorte imperial, por lo que Napoleón, además de dotarla económicamente, le mantuvo la dignidad de emperatriz de los franceses.

Aconsejada por el ministro Fouché y por su propio hijo Eugenio, que acababa de llegar de Italia, Josefina aceptó las condiciones del divorcio. El 15 de diciembre, las Tullerías se vistieron de gala. Asistieron a la reunión de la familia imperial varios reyes, reinas y princesas, vestidos de la más deslumbrante manera con sus uniformes. Los hermanos de Napoleón, Leticia, Luis, Jerónimo, Murat, José, Julia, Catalina, Paulina y Carolina Bonaparte, por fin presenciaron el final de su cuñada, la odiada criolla que había hechizado a su hermano durante tantos años.

Josefina estaba sentada junto a Napoleón tras una gran mesa cubierta con terciopelo rojo y grandes águilas bordadas en oro. La emperatriz —a diferencia de sus cuñadas— decidió vestir sencillamente con un vestido blanco sin joyas ni adornos. Napoleón, aún más pálido que ella misma, se levantó y leyó con voz suave y emocionada el discurso que él mismo había elaborado, donde justificaba el divorcio por moti-

vos dinásticos mientras alababa a Josefina. Cuando terminó, le llegó el turno de réplica a la emperatriz que no pudo leer, por la emoción, las palabras que había redactado a su marido, donde le declaraba su lealtad y sumisión. La separación resultó un golpe para el emperador, que se dedicó el día siguiente a descansar, anulando las audiencias. Pasó el último día de Josefina en Palacio en su compañía, al final del cual se despidieron. Acompañado de su fiel Duroc, Napoleón atravesó los salones de la planta baja, se introdujo en un coche

cada uno de ellos tirados por grupos de seis caballos, siguieron a los lanceiros, cazadores y dragones que se dirigieron al este de París. La mayoría de los coches fueron asignados a los numerosos miembros de la familia imperial y a los grandes dignatarios de la corte y del Estado, así como a sus esposas, si bien el enviado extraordinario austriaco —conde de Metternich— fue distinguido también con un carruaje. En nombre de la Casa de los Habsburgo asistió el archiduque Fernando, hermano mayor del emperador

Francisco, que acudió en calidad de de gran duque de Würzburg y príncipe soberano de la Confederación del Rin. Tras la procesión de coches, avanzando lentamente, apareció la carroza imperial, ricamente adornada, en la que algunos de los tradicionales revestimientos de madera habían sido reemplazados, para esta ocasión, por cristales, con el objeto de que el pueblo parisino pudiera observar a los dos ocupantes. María Luisa portó una pesada corona de diamantes y un manto engastado en piedras preciosas que llevó sobre un vestido con adornos de satén y armiño. Napoleón apareció ataviado con un traje de raso blanco con adornos dorados al más puro estilo español y con una capa en la que tenía bordadas abajas con hilo de oro. Sobre la cabeza portaba un sombrero de terciopelo —que había sido diseñado para que pareciera más alto de sus 1,53 metros—, recubierto por ocho filas de diamantes debajo de tres plumas de cisne sujetas con un broche, del que brillaba la mayor

pedra preciosa de todas. Hacia la una de la tarde el coche nupcial alcanzó el Arco de Triunfo y el cortejo se detuvo durante una hora y media, mientras el prefecto del Sena pronunciaba un discurso de bienvenida. Acto seguido, a la sombra de los castaños de los Campos Elíseos, desfilaron seis bandas y una orquesta de cuerda al completo, que más tarde llegarían a la enorme plaza donde, como muchos parisinos recordaban aún, había sido guillotinado la última archiduquesa austriaca en el trono de Francia: María Antonieta.

Hacia las tres de la tarde los contra-



El archiduque Carlos de Habsburgo en la batalla de Aspern-Leising, victoria austriaca sobre los ejércitos napoleónicos, por Johann P. Krafft.

y se alejó de su esposa. En enero de 1810, un tribunal parisino anuló su matrimonio eclesiástico, sin consultar al Papa. Al mes siguiente, la corte de Viena aceptó la petición de mano de la archiduquesa María Luisa de Habsburgo. La segunda esposa de Napoleón no era bella ni tenía una apasionante personalidad, pero poseía aquello que era importante: juventud, salud y unas abuelas que habían tenido dieciocho y veintidós hijos.

El 2 de abril de ese año, la pareja imperial celebró sus bodas religiosas en las Tullerías, junto a cerca de ocho mil invitados. Treinta y seis carruajes,

yentes finalmente se encontraron en el Salón Carré del Louvre, transformado en capilla. La reina Julia de España, la reina Hortensia de Holanda y la reina Catalina de Westfalia llevaron la cola de la emperatriz hasta el altar, al igual que las hermanas de Napoleón, que nuevamente lo hicieron a regañadientes, como en la coronación de Josefina. Igualmente, el cardenal Fesch ofició la ceremonia de matrimonio de su sobrino. Tras un Tedeum se dio gracias al Altísimo por su misericordia; a continuación, salvas y campanadas marcaron el inicio de las fiestas para los parisinos.

Al finalizar los servicios, para consternación de muchos de los invitados, Napoleón pareció sumamente enojado. «*Jamás olvidaré su cara de ira*», escribió más tarde el conde de Lebzeltern, uno de los ayudantes del conde de Metternich, presente en la ceremonia. Etienne-Denis Pasquier, alto funcionario civil que más tarde sería nombrado prefecto de Policía, vio entrar a Napoleón en el salón, aunque no estuvo presente en la ceremonia:

«Cuando el Emperador pasó ante nosotros, nos quedamos sin palabras por el resplandor de su triunfo que irradiaba toda su persona. Sus facciones, serias de por sí, rebosaban alegría y felicidad. La ceremonia matrimonial, que fue oficiada por el cardenal Fesch, el Gran Limosnero, no duró mucho, pero para nuestro asombro presenciamos cómo, al abandonar el salón, las mismas facciones que momentos antes irradiaban satisfacción, se habían tornado sombrías y amenazadoras. ¿Qué es lo que podía haber pasado en un lapso de tiempo tan breve?»

En la capilla se habían preparado asientos para veintiocho cardenales, todos los que habían presenciado la ceremonia civil celebrada el día anterior en Saint Cloud. Pero cuando Napoleón entró en la habitación observó que un grupo de asientos estaban vacíos: los trece cardenales, cuyas conciencias se habían visto afectadas por la falta de respaldo papal en la cuestión de la nulidad matrimonial, no habían hecho acto de presencia. Bonaparte, inmediatamente, dio por hecho que la negativa de éstos a asistir a su boda tenía por objeto desacreditar a su dinastía a ojos de la católica Austria. Sin embargo, en menos de una hora, recuperó el semblante y la compostura, exhibiendo una apariencia indulgentemente comprensiva, cuando, a las siete de la tarde, miraba desde la mesa sobre la tarima de la familia imperial a los cientos de invitados que disfrutaban del banquete en el Salón de Espectáculos de las Tullerías.

Como era preceptivo, en aquella época todas las ceremonias nupciales estaban llenas de agobiantes formalismos que regulaban el protocolo. Pero, en la ceremonia de aquella tarde, hubo un momento de improvisación que fue decisivo para el Emperador: un eufórico conde de Metternich levantó su copa de champagne y propuso proféticamente un brindis «*por el Rey de Roma*». Y es que el hábil diplomático austriaco había sido el único de los allí presentes que había captado la ira de Napoleón sobre los cardenales y su decisiva importancia. El brindis había sido una desaprobación indirecta a los purpurados ausentes y puso de manifiesto que los Habsburgo aceptarían que el primer hijo nacido del nuevo Carlomagno llevara el título que, durante siglos, había pertenecido a los herederos del trono más ilustre de la Cristiandad Occidental.

A los pocos meses, se anunció que la emperatriz estaba embarazada. Un año más tarde, el 20 de marzo de 1811, María Luisa dio a luz un varón. El hecho se anunció con gran solemnidad al pueblo y al Senado, mientras se hacían rogativas por el heredero al trono que recibió el título de rey de Roma en recuerdo de la tradición del Sacro Imperio Romano Germánico. Napoleón creyó que se encontraba en el cenit de su poder, y así era pero no advirtió que se trataba del comienzo del último acto del Imperio Napoleónico en Europa.



Retrato equestre del zar Alejandro I de Rusia. Escarmentado por su derrota en 1805, cuatro años más tarde no se atrevió a unirse a los austriacos en su nuevo enfrentamiento con Francia.



La emperatriz María Luisa de Habsburgo. Tras la victoria sobre el Imperio Austriaco, Napoleón decidió divorciarse de Josefina y contraer nuevo matrimonio con la hija del derrotado emperador Francisco I.

EL SECUESTRO DE PÍO VII: UNA PELIGROSA APUESTA POLÍTICA DE NAPOLEÓN BONAPARTE

por *Juan Antonio Ramírez de Arellano*
Universidad de Granada

LA CRISIS FRANCO-ROMANA DE 1809

COMO muestra de su independencia, la Santa Sede se negó a adherirse al famoso *Sistema Continental* ideado por Napoleón Bonaparte como estrategia defensiva y ofensiva contra Gran Bretaña. Por ello, el 21 de enero de 1808, Napoleón ordenó al general Miollis invadir los Estados de la Iglesia y ocupar la Ciudad Eterna. A comienzos del mes siguiente, las banderas francesas ondeaban en las murallas romanas. El papa Pío VII prohibió a las tropas pontificias cualquier tipo de resistencia, abandonando el castillo de Santángelo. Los soldados napoleónicos colocaron varios cañones apuntando directamente a las habitaciones del Papa en el palacio de El Quirinal. Éste, por su parte, hizo fijar la noche siguiente una protesta que había redactado personalmente y que los cardenales habían suavizado un poco.

Sin embargo, la derrota de los ejércitos franceses en la batalla de Bailén, en España, y la rebelión del Imperio Austríaco, a los pocos meses, exacerbaron a Napoleón, que comenzó a temer un retroceso de su posición hegemónica en Europa. Hacia las dos de la madrugada del 6 de julio de

1809, el general de gendarmería francesa Radet asaltó el palacio del Quirinal. El Papa, que se había levantado apresuradamente, se hallaba en la sala de audiencias ordinarias, revestido del roquete y la muceta, con algunos prelados y los empleados de la secretaría.

Tras una tirante conversación, Radet increpó a Pío VII, señalándole que tenía órdenes para conducirlo fuera de Roma, aunque se negara a colaborar. Para evitar violencias, éste dispuso lo necesario para el viaje rápidamente. Media hora más tarde, un coche cerrado con llave llevaba al galope al prisionero, rodeado de una escolta de caballería francesa, acompañado únicamente del cardenal Pacca.

Las órdenes ¿quién las dictó? En sus *Memoorias de Santa Elena*, ya en el exilio, Napoleón se exculpó del hecho, argumentando que se le presentaron los hechos consumados. Una carta personal dirigida a su ministro Fouché parece confirmar este punto: «*Estoy disgustado de que se haya arrestado al Papa; es una locura. Era necesario arrestar al cardenal Pacca y dejar al Papa tranquilo en Roma. Ahora no hay remedio; lo hecho, hecho está*». ¿Quiso el Emperador engañar y hacer recaer sobre sus subalternos la responsabilidad de semejante medida, negando sus verdaderas instrucciones? Algunos historiadores así lo afirman, pues el César corso había escrito a Murat —mariscal reconvertido en rey de Nápoles tras la marcha de José Bonaparte a España—, con fecha 15 de junio de



Retrato del papa Pío VII por el pintor revolucionario David, realizado durante la estancia del pontífice en París en 1804.

1809: «*Si el Papa predica la revuelta debe arrestársele*». Estas cartas probarían, desde luego, que Napoleón habría tomado esta firme decisión si su pluma febril, cortante, no hubiera ido, en un momento de cólera, más allá de su pensamiento, que quizás lo consideraba sólo una lejana posibilidad. Quizás, para su ejecución, no tenía nada previsto y todo fue obra de sus subordinados.

De esta manera, resulta comprensible que el viaje del cautivo se desarrollara con ciertas paradas entre intensas jornadas. La falta de un plan concebido apareció manifiestamente en la correspondencia del Emperador, donde dictó instrucciones que siempre llegaban demasiado tarde, sin que pudieran impedir que el Papa entrara en Francia, ni que –a continuación– fuera alojado en Grenoble, donde Napoleón ordenó mantenerlo durante algún tiempo. Desde allí, la comitiva continuó hacia Aviñón, Arles, Niza y Savona, pues el Emperador, después de órdenes y contraórdenes, designó esta ciudad como residencia y cárcel de Pío VII.

EL PRISIONERO DE SAVONA

Después de cuarenta y dos días, casi ininterrumpidos, de viaje, el Papa llegó a la ciudad el 6 de julio de 1809, donde permaneció hasta el 9 de junio de 1811, en que fue trasladado a Fontainebleau. En un primer momento, se le alojó en la casa del alcalde, para posteriormente llevarle al obispado, donde fueron llegando algunos sirvientes. Las órdenes de Napoleón pasaban por disimular en lo posible la situación de Pío VII, proporcionándole ciertas comodidades y haciendo ver que su escolta era más una guardia de honor que una tropa de vigilancia. Sin embargo, el Papa se comportó como un prisionero, rehusando todo paseo, afirmando que, de subirse a un coche, sería para volver a Roma. También se negó a recibir una pensión, limitando sus gastos a un régimen monástico, lo que le recordó sus tiempos de juventud. Así, volvió a remendar él mismo sus hábitos, cosiendo sus botones, lavando su sotana manchada por el rapé que consumía en abundancia para calmar sus nervios. Mientras tanto, los días transcurrieron en medio de la oración y la lectura, volviendo a ser, según sus propias palabras, otra vez un pobre monje.



Grabado representando el 5 de julio de 1809, cuando los mandos franceses arrestaron al Papa.

¿Por qué se le retuvo en una ciudad como Savona? Napoleón trató de aislarle para hacer doblegar su pensamiento y su espíritu, antes de instalarle definitivamente en París, ya que –según su mentalidad– el Papa del Imperio debía residir en la misma capital que el sucesor de Carlomagno. Mientras esperaba mermar su voluntad, el Emperador convocó a finales del año 1810 a los cardenales y superiores de las órdenes religiosas, trasladó los archivos romanos y acondicionó costosamente el arzobispado de París para convertirlo en el nuevo Vaticano. Para reducir la resistencia pasiva de Pío VII, se recibieron órdenes para restringir aún más su escaso personal. Privado de su secretario, el Papa escribió personalmente sus cartas, que eran copiadas por su sirviente y enviadas por emisarios fieles. El 2 de enero de 1811, una breve carta pontificia enviada a un arzobispo para reprocharle su intrusión en la sede de París, determinó a Napoleón a dar órdenes muy severas: se debía sacar de la casa a todo individuo sospechoso, prohibir toda visita, quitar al Papa todos sus libros, papel, pluma, tinta o cualquier medio para escribir. Cuando se le trató de quitar el anillo con su sello personal, Pío VII no tuvo ninguna contemplación: lo rompió antes de entregarlo.

Los rigores policiales no consiguie-

ron sino mantener al Pontífice más firme en sus convicciones. La fuerza que aprisionaba su libertad física fracasó ante su libertad moral; sobre la línea de resistencia que se había fijado deliberadamente, a pesar de algunas vacilaciones y algunas sumisiones pasajeras, el Papa permaneció firme hasta el final. Para intentar contrarrestar las presiones del Emperador, Pío pensó en una réplica adecuada y la creyó encontrar en las mismas. Si se le negaba su actuación como un Papa, así lo haría: dejó de comunicar sus poderes espirituales a los obispos nombrados por el Estado francés. El riesgo político fue considerable, pues con esta medida comenzaba a acorralar con dificultades inextricables a Napoleón, cuya respuesta podría ser inesperada. Si los obispos no recibían su institución de Roma, sus elegidos se encontrarían en la imposibilidad –según el Concordato vigente– de gober-

OPOSICIONES

Bibliotecas, Archivos y Museos	<ul style="list-style-type: none"> • Facultativos / Ayudantes / Auxiliares • Madrid, Valencia y Córdoba • Cursos diarios y fin semana
---	--

MATRÍCULA ABIERTA

IMED

Ppe. Vergara, 57-59 - eic. dcha. Bº C
 28006 Madrid
 www.imed.es
91 562 23 04



Napoleón y Pío VII, el águila y el cautivo. Grabado de la época.

nar legítima y válidamente su iglesia. El Estado debía, pues, o dejar las sedes sin titulares o instalar allí obispos sin jurisdicción.

De este callejón sin salida el Emperador, que no quería volver sobre la experiencia del cisma de 1790, comenzó a pensar cómo poder salir. Así, como en los tiempos medievales de Gregorio VII y el Emperador Enrique IV, sobre-

veniría –en un marco histórico completamente diferente– una nueva lucha las investiduras.

Análogamente, Pío VII meditó, durante mucho tiempo, la utilización del arma más peligrosa y definitiva que se hallaba en sus manos contra Bonaparte: la excomunión. Finalmente, se decidió a ello y, pese a la vigilancia, algunos fieles servidores logran pasarle papel y tinta, algunas copias se difundieron por Francia, pero la policía pronto se apodera de ellas. El mundo eclesiástico, sin embargo, y la mayor parte de los laicos acabaron por conocer la existencia del documento y de su contenido general. Pero, ante el asombro del Pontífice, la opinión general se mostró indiferente. El clero francés incluso no reaccionó; los curas de Bretaña o de Flandes, que suprimieron el canto del *Domine salvum fac imperatorem*, constituyeron una excepción; el gran capellán continuó al servicio de la corte; los obispos, como antes, exaltaron las victorias y el genio de Su Majestad Imperial, guardando un discreto silencio sobre el asunto del Papa prisionero. Incluso algunos cardenales, apoyándose en una distinción de casuística, continuaron haciendo acto de presencia tanto en



Pío VII con sus cardenales en una ceremonia en la capilla Sixtina, por Ingres.

las fiestas de las Tullerías o del palacio de Saint-Cloud como en los oficios de la capilla imperial. Napoleón se burló de todos ellos, señalando que asistían a la misa de un excomulgado.

Sin embargo, y pese a sus chanzas con sus generales y ministros, no pasó desapercibida a su mente la gravedad del asunto.

LA PIEDRA Y EL CÉSAR

Para someter al Papa, se recurrió al fiel clero francés, del cual se esperaba, en primer lugar, la solución de los problemas teológicos que se planteaban, pues incluso en esta materia contaba con personas competentes. El Emperador esperó que el visible apoyo de los obispos y párrocos a su causa, debilitara el ánimo del Papa. Lo que éste le negaba, espera que aquellos se lo concedieran, por ello decidió nombrar dos comités eclesiásticos en 1809 y 1811 y, tras su fracaso, un Concilio Nacional. Sin embargo, en la hora decisiva, los prelados afirmaron públicamente su obediencia al Papa y recomendaron un acuerdo entre el Pontífice y el César corso.

Durante el verano de 1810 existían 27 diócesis sin pastor en Francia, lo cual creó poco a poco serias preocupaciones en la opinión católica francesa, que comenzó a desmarcarse de la figura de Napoleón. Algunos de los nuevos obispos nombrados por el gobierno intentaron ocupar su sede prescindiendo de la investidura pontificia, pero tropezaron con la oposición del clero, del que se iban posicionando más y más las ideas ultramontanas. En Europa, los enemigos de Francia utilizaron en su propaganda política la prisión de Pío VII, mostrando al César corso como un monstruo de cinismo y maldad.

En definitiva, Napoleón gastó mucho dinero, muchos soldados, mucho esfuerzo y mucho prestigio personal en la consecución del bloqueo continental a Gran Bretaña. Esta idea, que formaba parte de su famoso Sistema le había llevado a enfrentarse con la Santa Sede y media Europa. Los católicos franceses comenzaron a alejarse de la política napoleónica y, tras las derrotas de 1812 y 1813, vieron como el Emperador devolvía la libertad a Pío VII. La pregunta resulta obvia: ¿Valió la pena?

A comienzos de 1811, el sistema continental no había surtido los efec-

tos que esperaba el gobierno francés porque la mayoría de los países europeos no habían colaborado con gusto y, en parte, también porque un mercado común solo era posible con amplias comunicaciones marítimas. Antes de la aparición del ferrocarril, el transporte terrestre resultaba unas diez veces más caro que el marítimo y Europa no estaba preparada para constituir un todo intercomunicado sin utilización más que de su propio territorio.

El bloqueo a Gran Bretaña fue un arma de dos filos. Los ingleses declararon a su vez un contrabloqueo, y los puertos europeos quedaron en gran parte paralizados. Faltó el contacto con el exterior, y sobre todo faltaron dos elementos imprescindibles para el desarrollo económico: los metales preciosos que llegaban de Ultramar, y el algodón, producto fundamental para la industria manufacturera de entonces. América, fuente de riqueza no sólo para España y Portugal, sino indirectamente para todo el occidente, y centro de Europa, se perdió de una vez para siempre, y otros mercados mundiales quedaron prácticamente imposibilitados para los negocios continentales. Fue así como Europa, ya empobrecida por veinte años de revoluciones y guerras, se empobreció todavía más. La economía francesa, después de un leve auge, reanudó su decadencia hacia 1810.

Por el contrario, Gran Bretaña, aunque sufrió las consecuencias del bloqueo –sobre todo en el abastecimiento de grano, del que era deficitaria– pronto compensó las pérdidas de su comercio con el Continente mediante un incremento de sus intercambios con el resto del mundo. Es este precisamente el momento de la decisiva consagración de Inglaterra como gran potencia industrial y marítima.

Además, muchos europeos se negaron a hacerle el juego a las autoridades napoleónicas y facilitaron el contrabando con los británicos. Mientras las potencias se destrozaban entre sí, las Islas Británicas nunca sufrieron los efectos directos de las guerras y pudo permitirse el lujo de mantener un pequeño ejército. En cambio, la política mundial –en busca de colonias y materias primas– le permitió encontrar mercados en América, Sudáfrica y la India. A su gran capacidad comercial es preciso unir un desarrollo industrial sin

precedentes. Los ingleses de fines de siglo XVIII y comienzos del siglo XIX estaban llenos de iniciativas, por lo que inventaron métodos nuevos para las hilaturas o tejidos, y con evidente sentido del riesgo se lanzaron a la aventura de la inversión. Y se encontraron, además, con gentes enriquecidas que confiaban en ellos y les concedieron los créditos necesarios para que la empresa pudiera cuando menos ensayarse. Sin este doble espíritu de iniciativa –el del inventor-fabricante y el del empresario– difícilmente podría explicarse la primera industrial británica.

En las ciudades británicas, crecieron las manufacturas de algodón, donde trabajaban mujeres y niños en duras condiciones laborales. Los obreros se codeaban diariamente con el carbón y el hierro, material que acabaría por transformar el mundo. De su matrimonio, nacería una hija: la máquina de vapor, que revolucionaría, con el tiempo, todos los sistemas mecánicos, tanto de trabajo como de transporte, ayudando como ningún otro ingenio humano al trabajo del hombre. En 1805 se botó al agua el primer barco de vapor. Al año siguiente, se instaló en Manchester la primera fábrica movida por máquinas de vapor. En 1810 había ya en Gran



Entrada triunfal de Pío VII en Roma en 1814, tras haber pasado 7 años prisionero de Napoleón.

Bretaña 222 altos hornos, en los que el excelente carbón de hulla de los Midlands permitía obtener hierro fundido de la mejor calidad. Mientras el continente se debatía en continuas guerras, Gran Bretaña se enriquecía, conquistaba nuevos mercados exteriores, importaba materias primas vedadas a los europeos y ponía las bases de un Imperio mundial.

OPOSICIONES INSPECCIÓN

LEARNING

Innovaciones
Pedagógicas, S. A.

Secundaria, Primaria

- * Conozca el SISTEMA LEARNING
- * Sea un Profesor LEARNING
- * LEARNING marca la diferencia.

OPOSICIÓN 2009-10
Comienzan grupos
LEARNING, la diferencia

También, ENSEÑANZA A DISTANCIA



LEARNING

www.learningoposiciones.com
Castilla, 36 - 28039 Madrid
Telf.: 91 450 83 04



NAPOLEÓN: MEZCLA DE INSTINTO Y ESTRATEGIA

por *Ramón Bermejo Valdecasas*
Universidad de Alcalá

TANTO en su propia época como en las siguientes, los mismos que criticaron a Napoleón como político reconocieron su genio en el campo de batalla. De ahí que sea necesario aclarar los factores que hicieron posible esa supuesta genialidad, sus métodos e innovaciones que introdujo en la formación de ejércitos y su despliegue en el campo de batalla. En la Europa de 1809, la mayor parte de los generales

ció de las reformas militares impulsadas por la Revolución Francesa.

El servicio militar obligatorio introdujo el concepto de Nación en Armas que tanto éxito otorgó a los ejércitos franceses de los primeros tiempos de la Revolución. Napoleón explotó de forma inteligente este factor y, antes de cada batalla, se ganaba el afecto de los combatientes, paseándose por sus campamentos, recordando viejas luchas con los veteranos y animando a los más jóvenes. Encendía de fervor patriótico alentándoles a defender la patria en peligro, lo que les animaba a combatir sin necesidad de recurrir a los castigos corporales. Por otra parte, el general Bonaparte cultivó su carisma con el ejemplo, situando su puesto de mando cerca de la primera línea, lo que enfervorizaba a sus hombres.

Las guerras del siglo XVIII se habían caracterizado por la poca movilidad de los contendientes. Llegaban en formación al campo de batalla, maniobraban y se situaban unos enfrente de otros. Los fusileros se alineaban en distintas filas y disparaban progresivamente para dar tiempo a que las demás recargaran sus armas. Avanzaban en línea mientras disparaban hasta llegar a una veintena de metros del enemigo, momento en el que procedían a cargar con la bayoneta. Resultaba secundario el papel de la artillería, desplegada entre batallones, y también lo era el de la caballería. Aunque había hecho aparición a lo largo del siglo la figura del tirador que atacaba sin orden lineal apro-

vechando las formas del terreno, las batallas seguían siendo un ejercicio de orden cerrado y formaciones en línea, para las que eran adiestrados los soldados profesionales. Un tipo de guerra para el que no servían las masas de reclutas franceses mal formados y peor armados, pero cuyo ardor patriótico y elevado número sirvió para que los ejércitos revolucionarios se llevaran sus primeras victorias.

Napoleón siguió el esquema de los generales revolucionarios a la hora de aprovechar el patriotismo y el número de los soldados. En esto no aportó ninguna novedad. Sí que lo hizo al aumentar la movilidad de sus formaciones en el campo de batalla. Bonaparte distribuía sus tropas, alejadas a veces unas de otras, en forma de red, de modo que en el momento oportuno todas podían concentrarse en un punto concreto, por lo general el flanco más débil del enemigo, para lanzarse en tromba. Primero abrían el fuego los fusileros, pero por líneas –como antes– sino a discreción, lo que desordenaba las formaciones enemigas. Luego, la artillería –dispersa también por el campo de batalla– se concentraba rápidamente en el mismo punto gracias a un sistema de vehículos y masacraba las líneas enemigas. Napoleón llegó a concentrar en un mismo lugar el fuego en masa de 200 cañones. Justo después lanzaba la caballería pesada, que rompía las líneas rivales y abría paso a los infantes. Y éstos llegaban en oleadas, no en línea, sino en columnas de cuarenta hombres. El enemi-



Napoleón I como rey de Italia por Andrea Appiani. La conquista de la Península Itálica a finales del siglo XVIII fue la campaña que inició el brillante curriculum militar del general Bonaparte, el cual llegaría a proclamarse monarca de una Italia unida.

go no sabía por dónde sería atacado, aunque siempre tuviera a la vista las formaciones francesas. De pronto se veía desbordado, dividido y aniquilado en una maniobra envolvente que lo alejaba de sus fuentes de aprovisionamiento. El resultado era la huida.

MANIOBRAR EN EL CAMPO DE BATALLA

Según los historiadores más rigurosos del periodo, Napoleón nunca tuvo un plan fijo de operaciones, y él mismo lo repitió en numerosas ocasiones, lo cual es cierto, pero no del todo. Estimaba que un buen militar debía actuar en función de cómo se desarrollasen las situaciones sin desestimar la menor circunstancia. Como dijo en una ocasión: «Hay un momento en el combate en el que la mínima maniobra es decisiva para lograr victoria».

Si se trataba de dos o más ejércitos a los que se enfrentaba, Bonaparte maniobraba para situarse entre ellos e impedir que se juntasen. Realizaba operaciones de distracción en el ala más fuerte, mientras atacaba al ejército más débil o en peor posición. Luego concentraba fuerzas para asestar el golpe decisivo al sector más sólido y provocar la retirada del rival. Llegado a este punto, Napoleón introdujo la caballería ligera como elemento destinado a perseguir y acabar con el enemigo, como ocurrió en la batalla de Jena (8 de octubre de 1806), en la que los prusianos fueron aniquilados a manos de la caballería del mariscal Murat. Un factor que en tiempos anteriores no se producía, porque los ejércitos no se alejaban de sus fuentes de aprovisionamiento. Pero Napoleón había convertido sus unidades en elementos autónomos con capacidad para abastecerse en el terreno en que se hallaran, normalmente por medio del saqueo.

Lo importante era acabar cuanto antes con el enemigo, fuese donde fuese. De ahí que Napoleón entrenara a sus tropas por medio de largas y rápidas caminatas que les permitiesen alcanzar lugares alejados en un plazo corto de tiempo. De esta manera, hizo que la infantería aumentara de 70 a 120 pasos por minuto para ganar rapidez de maniobra. El factor tiempo era para él primordial a la hora de desnivelar la balanza en un campo de batalla. «La estrategia –decía Napoleón– es el arte de

hacer un buen uso del tiempo y de la distancia. Contemplo menos la segunda que el primero, ya que la distancia se puede recuperar, mientras que el tiempo nunca».

La rapidez de maniobra la alcanzó Napoleón gracias a la introducción en el ejército del Antiguo Régimen del concepto de división. La división, formada por dos brigadas de infantería, un escuadrón de caballería –8.000 hombres– y varias baterías de artillería, se convertía en un elemento independiente en el seno del ejército. Para establecer una mayor coordinación entre las tropas, el César corso impulsó el denominado cuerpo de ejército, que agrupaba dos o tres divisiones.

CURRÍCULUM BÉLICO

Entre 1796 y 1812, Napoleón obtuvo sus más grandes victorias. A partir de 1807, sin embargo, comenzaron ya sus altibajos. Ganó varias batallas en Rusia, pero a costa de un elevadísimo número de bajas. Se enlodó en una guerra lenta y de desgaste en España desde 1808 y 1813 que le restó fuerzas decisivas. Derrotó a los austriacos en 1809, pero su aventura en Rusia, a partir de 1812, le condujo hacia el final y la derrota final en dos años. Una de las causas del desmoronamiento napoleónico fue la pérdida del impulso revolucionario de sus tropas, acompañada del acomodamiento, entre lujos y riquezas, de la nueva jerarquía militar. Los campos de batalla se alejaban de las fronteras francesas y con ellos del peligro. La distancia llevó a incorporar hombres de otros países, no tan estimulados por la causa napoleónica.

La Grande Armée –el Gran Ejército– que penetró en tierras rusas fue conocido como el ejército de las veinte naciones; de los 500.000 hombres que formaban la primera línea, apenas había 130.000 franceses, un factor que obstaculizó la coordinación y la comunicación entre unidades. Paralelamente, los generales europeos aprendieron a combatir a Napoleón. Poco a poco, abandonaron las estructuras lineales de combate y también atacaron los flancos o se atrincheraron en formación cuadrada para aguantar el empuje de la caballería ligera. Napoleón se vio obligado a hacer un derroche artillero y a lanzar impetuosos ataques que terminaban, generalmente, en una auténtica



Oficial de cazadores de la Guardia Imperial (1812) por Géricault. El retrato de este militar simboliza el auge del Imperio napoleónico en Europa, labrado sobre sus victorias militares.

carnicería. El enorme número de muertes también se debía a que Bonaparte descuidó la sanidad militar. Del casi millón y medio de bajas que tuvo en sus campañas, una parte menor la integraron los caídos en el campo de batalla. La mayor proporción se produjo por enfermedad y por las heridas recibidas durante la contienda.

Desde otro punto de vista, el autoabastecimiento de la tropa –siguiendo el ideal de las antiguas legiones romanas– se volvió en su contra, sobre todo en España y en Rusia. En la Península Ibérica porque el saqueo favoreció la sublevación popular, alentada por el clero y la nobleza. En el Imperio ruso porque este sistema era inviable ante la política de tierra quemada de las tropas zaristas en grandes páramos ya de por sí inhóspitos, sobre todo en invierno, causa del desastre de su Grande Armée. La represión y el pillaje provocaron que la revolución ilustrada que quería extender por Europa se trocara en resistencia y revueltas populares contra sus ejércitos. Curiosamente, Napoleón no introdujo innovaciones en el terreno armamentístico. El arma que usaban sus tropas era anterior a la revolución, un fusil de 1777 que disparaba unas cuatro descargas cada tres minutos y cuyo alcance era de 200 metros. También se le acusó de rechazar la introducción de

avances tecnológicos, como la aplicación del vapor en sus barcos, el uso de globos de reconocimiento, el cambio del salitre por el clorato de potasio en la fabricación de la pólvora o la incorporación a los fusiles de una hoja que permitía romper los cartuchos sin tener que morderlos. Lo introdujeron los prusianos que ganaron con ello velocidad de disparo.

Los aliados europeos, tras muchos años, le derrotaron empleando sus propias tácticas. La verdadera victoria de Napoleón, pues, fue obligar a las demás potencias a reformar sus ejércitos y a adoptar su manera de hacer la guerra, y que sus tácticas fueran estudiadas durante el siglo XIX gracias a la obra de quien fuera uno de sus enemigos en el campo de batalla: el general prusiano Carlos Von Clausewitz.

VICTORIAS EN TIERRA, DERROTAS EN LA MAR

Al tomar el título de emperador, Napoleón reafirmó sus aspiraciones europeas de dominio, evocando a Carlomagno, que extendió su autoridad sobre Alemania e Italia, lo que le llevaría a enfrentarse a Gran Bretaña, Austria, Nápoles, Suecia y Rusia, que respondieron a las provocaciones francesas



Coracero herido se retira de la batalla (1814) por Géricault. Esta vez, el pintor adivina el final del Imperio, simbolizándolo en este soldado de caballería francesa que, tras ser herido, decide alejarse con su caballo.

formando la tercera coalición en 1805. Como ya resulta conocido, Francia y Gran Bretaña se enfrentaron por motivos hegemónicos. Napoleón no podía hacerse dueño de Europa si no aniquilaba a Inglaterra, y ésta tenía que evitar que Francia rompiera el equilibrio continental, defendido por ella desde 1714. Tras la ruptura de la paz de Amiens, apenas hubo movimiento entre las dos potencias hasta la decisiva batalla de Trafalgar, que destruyó el sueño y proyecto napoleónico por invadir la isla.

Napoleón ordenó la construcción de dos mil barcos, con el convencimiento de que la travesía contra Inglaterra era posible. Para tener éxito en esta empresa bastaba con atraer la flota británica fuera del Canal de la Mancha durante tres días e incluso uno solo. Entonces, Napoleón podría pasar 130.000 soldados y el pueblo británico –según los cálculos del emperador– recibirían con los brazos abiertos a sus libertadores. Pero Bonaparte infravaloró el apoyo social del Gobierno británico y la mala imagen que la Revolución francesa tenía en Inglaterra. Sus mismos almirantes no eran tan optimistas. La armada francesa, sin embargo, permanecía bloqueada en Tolón y Brest. Napoleón ordenó al almirante Villeneuve que atrajera a los británicos hacia las Antillas americanas. Pero Villeneuve no logró llegar a la cita con los demás almirantes franceses, que debían reunirse con él en el Atlántico, y se refugió en el puerto español de Cádiz. No quiso arriesgar la única gran flota francesa que todavía se mantenía fuerte. España era una aliada forzada de Francia contra Gran Bretaña, por lo que puso también su flota al servicio de los intereses de Napoleón.

El emperador decidió concentrar sus esfuerzos en la lucha en tierra, venciendo a sus enemigos en varias batallas. El almirante Villeneuve, enardecido por las victorias de su señor, el 21 de octubre de 1805, decidió salir a alta mar con las dos flotas, la francesa y la española, para enfrentarse a los británicos. Se encontraron en Trafalgar donde la escuadra franco-española fue derrotada por la británica, aunque, al menos, se había conseguido eliminar al almirante Nelson.

Napoleón no valoró, en un primer momento, toda la tragedia del desastre, pero pronto se dio cuenta de que Gran Bretaña era, más que nunca, dueña de los mares. Napoleón sólo podría ven-

cerla aislándola del continente. Ville-neuve, que había sobrevivido a la batalla, fue llamado por el emperador a París. Antes que presentarse ante él, prefirió suicidarse.

LA BATALLA CUMBRE

La rivalidad con Austria fue por cuestiones políticas y hegemónicas. Austria era la representación del Antiguo Régimen, derribado en Francia en 1789. Su emperador detentaba el título del Sacro Imperio Romano Germánico, y Francia deseaba convertirse en el Gran Imperio que dominara Europa. La corte de Viena se unió a la Tercera Coalición después de que Bonaparte asumiera el título de rey de Italia, se anexionara la República Ligúrica, tomara la administración directa del ducado de Parma y creara los principados de Lucca y Piombino.

El Gobierno de Viena comenzó a establecer negociaciones con la corte de San Petersburgo para conseguir mayores apoyos militares en el verano de 1805. Si Napoleón no hubiera actuado con rapidez, Rusia hubiera enviado numerosas fuerzas a Austria. Bonaparte dejó asombrado a sus colaboradores al comunicarles sus planes para una guerra continental, que sin duda había madurado durante largo tiempo. Lo había previsto todo, incluso el día de la entrada en Viena. Se trataba de una buena y brillante campaña. Lo más sorprendente de la Grande Armée era precisamente que, gracias al genio de su general, obtuvo victorias sin luchar, ganando batallas con las piernas. Su ejército comenzó a penetrar en el Imperio Austriaco con la mayor rapidez.

El general austriaco Mack, que había avanzado hasta Ulm, descubrió de pronto que Napoleón se encontraba entre él y la ciudad de Viena. El 20 de octubre de 1805, las fuerzas austriacas capitularon ante las francesas. Fueron hechos prisioneros 50.000 soldados germánicos sin disparar un tiro. En seguida, corrió el rumor de que la Grande Armée era invencible. El emperador de Austria por fin consiguió el apoyo de su vecino de Rusia, que envió un enorme contingente de tropas al mando del general Kutuzov, el cual se puso de acuerdo con el resto de las fuerzas austriacas. Los ejércitos de la coalición cometieron el error de atacar a Napoleón en Austerlitz el 2 de diciem-

bre, un terreno que su oponente conocía bastante.

Los austro-rusos formaban una fuerza de 90.000 hombres frente a los 75.000 franceses, que no dudaron en dejarse atraer por Napoleón hasta la región de los lagos helados. No obstante, nada estaba decidido la víspera de la batalla de Austerlitz, cuando el emperador de los franceses pasó todo el día realizando inspecciones y esperando ansiosamente noticias de la aproximación de su tercer cuerpo de ejército, al mando del mariscal Davout. Sin embargo, al día siguiente el genio napoleónico se impuso y la batalla concluyó con su victoria. Los franceses capturaron un rico botín de prisioneros y trofeos. Unos 12.000 soldados aliados fueron capturados, con 180 cañones y 50 banderas. Los rusos tuvieron unos 11.000 muertos y los austriacos quizá 4.000. Las bajas francesas fueron en total menos numerosas y entre muertos, heridos y prisioneros no pasaron de los 10.000, la mayoría heridos.

La victoria de Napoleón fue un triunfo de su sistema de mando centralizado. Esta fue, en realidad, la primera ocasión en que el emperador había logrado el mando indiscutido del ejército francés, sin ser molestado por políticos impacientes o por pendencias de otros oficiales superiores del ejército. La campaña representaba el triunfo de un plan estratégico de conjunto, radicalmente diferente de la estrategia fraccionada empleada por los aliados. Más tarde, Napoleón escribiría que la victoria fue sólo la consecuencia natural del plan de la campaña de Moravia. En un arte tan difícil como la guerra, el sistema de la campaña suele revelar el plan de batalla.

La dirección de la batalla por Napoleón demostró las mismas cualidades que su plan de campaña. Los aliados tenían muy pocas probabilidades, incluso antes de que se disparase el primer cañonazo; sucumbieron a un insidioso espejismo y se lanzaron al ataque sobre un enemigo que creían al borde del colapso. A su magistral plan de engaño, Napoleón añadió un formidable esquema táctico, basado en la concentración de fuerzas en un punto decisivo, que rápidamente desordenó por completo la maquinaria aliada. Los aliados no previnieron ninguna medida de defensa contra un posible ataque francés en el Pratzen y las fuerzas que comprometieron en el sur no supieron moverse en un terreno pantanoso y abrupto. Ade-



Entrada del emperador Francisco I de Austria en París por J. Krafft. Los aliados europeos lograron vencer a Napoleón y destruir el sueño de su Imperio, de tal manera que el monarca derrotado en Austerlitz y Wagram entró triunfante en la capital francesa años más tarde.

más, frente al Estado Mayor de Napoleón, los aliados tuvieron un alto mando desorganizado, con jefes de cuerpo de dudosa calidad, que, en realidad era el marchamo del ejército austro-ruso.

La batalla de Austerlitz se libró en el aniversario de la coronación de Napoleón. Esta victoria en territorio del Imperio Austríaco le aseguró la supervivencia de su Imperio y conquistó para la Grande Armée un papel que había de conseguir durante casi diez años, de un peso decisivo en el equilibrio de fuerzas. Todo parecía indicar que las legiones romanas habían resucitado en el ejército napoleónico.

Austerlitz no fue ciertamente una victoria corriente. Constituyó la batalla decisiva con la que Napoleón había contado. Francisco II de Austria solicitó un armisticio al día siguiente y Austria abandonó la guerra; el zar Alejandro regresó con sus tropas a territorio ruso. La noticia de la victoria francesa destrozó el corazón del Gobierno británico. La paz fue muy dura para Viena; en cambio, Napoleón no exigió nada a Rusia, pues quería la amistad con Alejandro. En la Paz de Pressburgo, Austria cedió Venecia al reino de Italia; Istria y Dalmacia a Francia; Tirol y Trentino a Baviera y Suabia a Wurtemberg, ambos aliados del emperador, a los que Austria tuvo que reconocer como Estados independientes. De esta manera, Viena perdió también sus últimos terri-

torios en Italia y Alemania, y el título imperial germánico.

Tras esta nueva victoria, Napoleón organizó Europa en torno al Imperio. En Italia, el reino de Nápoles, una vez destronados los Borbones pro británicos, se impuso en el trono a José Bonaparte. Realmente, sólo respetó al papa Pío VII como Jefe de sus Estados, aunque las ciudades pontificias de Civitavecchia y Ancona estaban ocupadas por fuerzas francesas. En Alemania, los ducados de Baviera y Wurtemberg se convirtieron en reinos soberanos; Hess-Darmstadt y Baden se constituyeron en grandes ducados; el reino de Hannover paso a Prusia; y el gran ducado de Berg al mariscal Murat. Dieciséis príncipes de la Alemania del Este y Sur se separaron de la fidelidad al emperador Francisco II y formaron la Confederación del Rin, bajo protectorado francés, con lo cual se puso fin al Sacro Imperio Romano Germánico, se estableció un contrapeso efectivo al poder de Austria y Alemania caminó hacia su unidad de la mano de Napoleón. La República Bátava se convirtió en el reino hereditario de Holanda, en cuyo trono fue colocado Luis Bonaparte hasta 1810, en que fue integrado al Imperio. Todos estos territorios quedaron como Estados federativos del Imperio Francés, organizados, jerarquizados y unidos por los peculiares pactos de familia de los Bonaparte.

LA BATALLA DE WAGRAM

por *Rodolfo Villar*

EL serio tropiezo de las tropas francesas en la campaña de España en 1808 motivó la llegada del propio emperador a la Península Ibérica. El Gobierno austríaco pensó que era una excelente ocasión para animar a los estados alemanes a sublevarse contra la tutela francesa, tildando con matices nacionalistas la rebelión contra el opresor. Sin embargo, el llamamiento sólo prosperó en el Tirol y Napoleón, al conocer la subversión de Austria, decidió partir de tierras españolas rápidamente, dirigiéndose hacia el centro de Europa y derrotar a sus enemigos. En mayo de 1809 las tropas francesas ocuparon Viena y, dos días más tarde, se produjo la batalla de Aspern-Essling donde los austríacos lograron detener a los invasores, haciéndoles retroceder a la isla danubiana de Lobau. En las semanas posteriores, el ejército austríaco se concentró en la llanura de Wagram y las colinas de Bissamberg, esperando adivinar los movimientos de los franceses. Napoleón aprovechó ese tiempo para fortificar la isla de Lobau y recibir refuerzos, ordenando la construcción de varios puentes como enlace entre sus ejércitos y reservas. De esta manera, en la noche del 4 al 5 de julio se construyó un puente nuevo de pontones para unir

la isla con otras cercanas, al norte, en poder del enemigo, y con la ventaja del mal tiempo, la vanguardia francesa se desplazó a sólo unos kilómetros al este de Aspern. Los confiados altos mandos austríacos se dejaron sorprender, siendo incapaces de imponer su número superior contra la cabeza de puente francesa. El archiduque Carlos de Habsburgo, al frente de las tropas austríacas, se encontró ante el comienzo de una batalla en inferioridad de condiciones: con grandes contingentes de soldados sin agrupar, especialmente los 12.500 hombres del archiduque Juan, que se encontraban en camino. Napoleón, por ello, quiso derrotar rápidamente a sus oponentes antes de que lograran concentrar todos sus efectivos.

La batalla de Wagram se desarrolló entre el 5 y el 6 de julio de 1809, tomando la iniciativa los austríacos con un fuerte ataque hacia la línea francesa a la altura de Aderklass defendida por el mariscal Bernardotte, el cual abandonó su posición por iniciativa propia, lo cual provocó la ira de Napoleón y su fulminante destitución. El archiduque Carlos lanzó otro ataque por el flanco contrario, poniendo en peligro los vitales puentes hacia Lobau. Por fortuna para las águilas francesas, las fuerzas

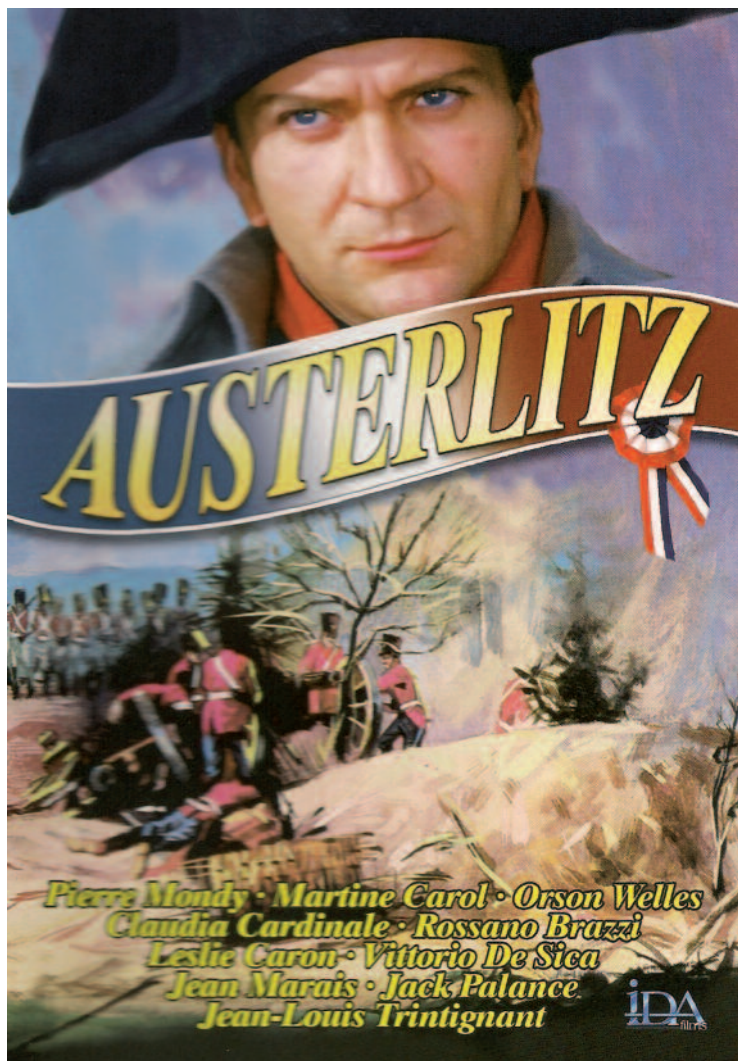
del mariscal Masséna y la artillería apostada en grandes baterías dentro de la isla detuvieron el avance enemigo, logrando golpear las unidades del mariscal Davout el flanco izquierdo austríaco. El ataque decisivo, liderado por el general Macdonald, se desencadenó contra el centro austríaco, logrando romper las líneas del archiduque Carlos, ganando la batalla para Napoleón. Al comenzar la tarde, las fuerzas austríacas comenzaron a retirarse, de forma organizada de tal manera que lograron tomar incluso algunos cañones franceses, pero con la clara sensación de fracaso. Las dispersas fuerzas del archiduque Juan llegaron a conectar con ellas a las 4 de la tarde, pero ya era tarde para las banderas de los Habsburgo. El general Macdonald logró el ansiado bastón de mariscal por méritos en combate, a pesar de que lo hizo sobre un mar de cadáveres. Entre muertos y heridos, 80.000 hombres de ambos ejércitos yacían como consecuencia de la batalla. La derrota de Austria era definitiva y cuatro días más tarde solicitó la paz. Sin embargo, para Napoleón no había sido un buen día: no había conocido tantos prisioneros, ni banderas capturadas ni cañones perdidos.



Grabado que muestra el despliegue del ejército francés sobre el Danubio en la batalla de Wagram.

AUSTERLITZ

por María del Mar López Talavera (Universidad Complutense-CES Felipe II de Aranjuez)



CASI cuarenta años después de su film mítico *Napoleón*, el director francés Abel Gance recurrió a la figura del famoso general y estadista en una recreación histórica sobre la batalla de Austerlitz (2 de diciembre de 1805), aquella que –según numerosos especialistas– significó el cenit del emperador como estratega. La película ha sido editada en una versión de 120 minutos en dvd por IDA films, existiendo en su tiempo, no obstante, otra de mayor metraje. El argumento arranca en los meses previos a la firma de la paz de Amiens en marzo de 1802 entre Francia y Gran Bretaña, un gran éxito del entonces cónsul Bonaparte (interpretado por Pierre Mondy), ya que Londres por fin reconocía las fronteras francesas ampliadas por la Revolución, se comprometía a devolver la isla de Malta a los caballeros de San Juan y aceptaba que las islas Jónicas fueran una república independiente. Por su parte, Francia devolvía sus escasas posiciones egipcias al Imperio otomano. Como recompensa política, Napoleón ascendió al cargo de cónsul vitalicio, como paso previo al trono imperial, según se muestra en una escena del film, cuando el ministro Talleyrand insinúa a Bonaparte que toda Europa se halla a sus pies. Poco a poco, según muestra el director, en el general se forjó la idea de exportar las ideas revolucionarias mientras formaba un gran Imperio francés continental. Las tensiones internas de la política son insinuadas en varias escenas, incluso con ocasión de algunas recepciones, así como las externas que llevaron a la ruptura de la paz con Gran Bretaña en mayo de 1803. En el film, se acusa a los británicos de procurar la caída de Napoleón con ayuda de los monárquicos y otros opositores, y se exculpa, en cierto modo, al general del secuestro

y fusilamiento del duque de Enghien, miembro de la familia real francesa. Aparecen también, en breves escenas, los intentos de Napoleón por lograr un acuerdo –más bien sometimiento– del papa Pío VII (Vittorio de Sica) en materia religiosa, al llegar a París con motivo de la coronación del emperador.

La falta de un mayor presupuesto motivó que Abel Gance sustituyera una costosa recreación de la celebración fastuosa en Notre Dame por una curiosa escena en donde un militar francés describe a los criados palatinos la coronación de Napoleón y Josefina con ayuda de pequeños maniqués y una maqueta realizada para la misma. Asimismo, las escenas de la batalla de Trafalgar (21 de octubre de 1805), brillan por su ausencia, incluso parece, a ojos del espectador, que el director minimizó su importancia en el conflicto franco-británico. Londres logró el apoyo de Austria y Rusia que organizaron sus fuerzas para marchar contra Napoleón, el cual decidió enfrentarse contra ellas en la famosa batalla de Austerlitz, la cual se intenta recrear con mayor efectividad, aunque con algunos anacronismos, como el discurso del emperador –que cierra el film– realizado en otro lugar y momento, en realidad. La admiración del director por el general Bonaparte resulta obvia y, en ocasiones, eso deriva en ciertas interpretaciones nacionalistas de la historia que relata. Pierre Mondy resultó ser un Napoleón bastante convincente, llevando el peso del film casi en exclusividad pese al elenco de actores que le rodeó, como Martine Carol (Josefina), Claudia Cardinale (Paulina Bonaparte) y Jean Marais (Carnot), entre otros.

Antonio Manuel Moral Roncal

La cuestión religiosa en la Segunda República española. Iglesia y carlismo
 Editorial Biblioteca Nueva, Madrid 2009, 263 págs.

Antonio Manuel Moral Roncal

La cuestión religiosa en la Segunda República española

Iglesia y carlismo



BIBLIOTECA NUEVA

C O L E C C I O N H I S T O R I A

A partir de 1931, la victoriosa conjunción republicano-socialista desarrolló una política religiosa en España marcadamente anticlerical y, según los partidos de derechas, antirreligiosa, consecuente con su propia cultura heredada del conflictivo siglo XIX. Acabar con la Iglesia católica, o mermarla al máximo, era la garantía definitiva del progreso, pues la institución y su control de la enseñanza no resultaban ser temas relacionados con el ejercicio de la libertad sino con la salud pública para los vencedores del 14 de abril. Ellos consideraron necesario limpiar el presente de los lastres atávicos que representaba, intentando excluir de la vida pública a los herederos de ayer, pero no midieron bien las consecuencias de esa política secularizadora, pues suponiendo que estaban borrando el pasado lo volvieron a unificar; pensando que el movimiento católico había muerto, ayudaron a resucitarlo y con una solidez que no había tenido en las décadas anteriores. Como se advierte en este libro, si bien las posiciones ideológicas del cosmos conservador antirrepublicano difícilmente admitían modificaciones sustanciales, no es menos cierto que la Santa Sede –apoyada en la existencia de los partidos de derechas posibilistas como Acción Popular o Derecha Regional Valenciana– no se opuso nunca a una posible aceptación y convivencia con la República, con tal de salvar algunos derechos de la Iglesia. Sin embargo, tanto los extremismos políticos como los aliados del 14 de abril hicieron todo lo posible para dinamitar ese acercamiento.

El error de los republicanos y socialistas fue no comprender que si bien los católicos no habían desaparecido se encontraban políticamente desarmados: resultaba, pues, posible llegar a un acuerdo de convivencia que el propio sentido de Estado imponía a todo gobernante y más si presumía de ser democrático. Sin embargo, socialistas y azañistas se empantanaron en los lodos de una política ex-

cluyente y maximalista, que provocaron una honda desilusión en Roma. En esos años, la defensa de unos principios irrenunciables no impidió a la jerarquía española rebajar el catastrofismo de amplios sectores católicos, a los cuales conminó a actuar dentro de la legalidad. No obstante, la complejidad de la Iglesia hispana, las dudas de Roma a partir de la sangrienta Revolución de Asturias en 1934, la aparición de un fuerte movimiento de laicado fueron acompañados de una división o incertidumbre entre las masas católicas. Pero si el destino de la Segunda República se decidió en terrenos alejados del religioso, lo cierto es que en él se originó la movilización del cosmos católico y, paralelamente, una sorprendente emergencia de las derechas españolas en un espacio de tiempo muy corto. Precisamente, el movimiento contrarrevolucionario más importante del siglo XIX, el carlismo, resucitó de sus cenizas en esta época, demostrando la suficiente habilidad para aumentar su poder e influencia a todos los niveles aprovechando, entre otros factores, la problemática política anticlerical.

Los tradicionalistas pronto advirtieron que la cuestión religiosa era una polémica sumamente útil para la movilización social, por lo que trataron de presentarse como modernos cruzados. Entre 1931 y 1936, los carlistas pusieron en marcha una amplia serie de actuaciones y respuestas políticas, sociales y culturales –analizadas en este interesante libro–, enfrentándose no sólo a los vencedores del 14 de abril sino también a los posibilistas católicos, combatiendo y debilitando su proyecto accidentalista, el cual no encontró tampoco el debido apoyo entre las izquierdas moderadas. La secularización republicana aumentó su carácter conflictivo, en un momento político en que resultaba necesario –para evitar el aumento de los extremismos– un encuentro entre católicos y laicos.

RICARDO MARTÍN DE LA GUARDIA